

*“Simón de Cirene y la cruz de Cristo”*

Mal. 3:13-18; Lc. 23:26-43

Cap. Miranda,  
Hohenau.Texto bíblico: Lucas 23:26-43

26 Y llevándole, tomaron a cierto Simón de Cirene, que venía del campo, y le pusieron encima la cruz para que la llevase tras Jesús. 27 Y le seguía gran multitud del pueblo, y de mujeres que lloraban y hacían lamentación por él. 28 Pero Jesús, vuelto hacia ellas, les dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. 29 Porque he aquí vendrán días en que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no criaron. 30 Entonces comenzarán a decir a los montes: Caed sobre nosotros; y a los collados: Cubridnos. 31 Porque si en el árbol verde hacen estas cosas, ¿en el seco, qué no se hará?

32 Llevaban también con él a otros dos, que eran malhechores, para ser muertos. 33 Y cuando llegaron al lugar llamado de la Calavera, le crucificaron allí, y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. 34 Y Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Y repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes. 35 Y el pueblo estaba mirando; y aun los gobernantes se burlaban de él, diciendo: A otros salvó; sálvese a sí mismo, si éste es el Cristo, el escogido de Dios. 36 Los soldados también le escarnecían, acercándose y presentándole vinagre, 37 y diciendo: Si tú eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo.

38 Había también sobre él un título escrito con letras griegas, latinas y hebreas: ESTE ES EL REY DE LOS JUDÍOS. 39 Y uno de los malhechores que estaban colgados le injuriaba, diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros. 40 Respondiendo el otro, le reprendió, diciendo: ¿Ni aun temes tú a Dios, estando en la misma condenación? 41 Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas éste ningún mal hizo. 42 Y dijo a Jesús: Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino. 43 Entonces Jesús le dijo: De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.

Sermón

Hoy llegamos al final del año eclesiástico. El año 2016 nos está dejando, y está por comenzar un nuevo año litúrgico, el domingo que viene, el 1º domingo de Adviento. Pero antes de comenzar un nuevo año, podemos preguntarnos a nosotros mismos, de qué manera estamos finalizando este año 2016: en el trabajo, en la escuela, en la familia, en relación a la vida espiritual, en relación con la fe. Pareciera ser algo extraño, que el último domingo del Año Eclesiástico, venga a presentar como texto del domingo, el evangelio de Lucas, y en particular, la historia del sufrimiento y crucifixión de Jesucristo.

Sin embargo, hay que recordar, que a través del texto del evangelio, Dios mismo en persona nos está hablando, nos está diciendo algo en relación a nuestra vida de fe, en relación a nuestro caminar como iglesia cristiana.

Llegando hacia el final de su vida terrenal, Jesucristo está llevando una cruz pesada. El relato del evangelio, comienza con un personaje llamado “Simón de Cirene”. Los soldados le encargan que, faltando poco para llegar el monte Calvario, que traducido significa “la Calavera”, por la forma de cráneo que tenía tal lugar, sea Simón de Cirene el encargado de llevar la cruz de Cristo, siguiendo los pasos de Cristo. Después de los latigazos, los escupitajos, los golpes, la corona de espinas, después de haber estado delante del tribunal judío, y de Poncio Pilato, finalmente Jesús realiza los pasos finales hacia el lugar llamado “la Calavera”, o sea, el monte Calvario, también llamado Gólgota en idioma hebreo. El cansancio físico de Jesucristo ha llegado al extremo, y ya no puede llevar la cruz solo. Por

eso, es que Simón de Cirene entra en escena, cargando la cruz de Jesús y tras los pasos de Jesús, hasta el lugar definitivo.

Cuando está terminar el año 2016, quizás uno puede también preguntarse: ¿qué cruz pesada estoy llevando, con Cristo a mi lado, que camina adelante, marcándome el sendero? ¿Qué cruz, qué angustia, dolor, qué dificultad, trabajo, aflicciones, estoy cargando conmigo? Lo interesante, lo conmovedor, lo extraño y maravilloso del relato de la Pasión de Cristo, es que ilustra perfectamente la vida del cristiano. No sufrimos solos, es Jesús el que está sufriendo conmigo, en mis dolores. Y aunque parezca extraño, casi una locura, desde el punto de vista racional, o de la lógica, es que esta cruz que lleva el cristiano, el hijo de Dios, viene sola. Porque Simón de Cirene estaba ocupado en otra cosa, él venía de trabajar en el campo, y de repente, se le impone una cruz, pesada de llevar, la cruz de Cristo.

La cruz que el cristiano lleva, no es su propia cruz, sino que es la cruz del propio Señor Jesucristo. Dios, a veces, nos disciplina de una manera que parece locura a nuestra lógica: orienta nuestra vida cristiana, orienta y fortalece nuestra fe, colocando una cruz, que es la de Cristo, para que sigamos con paciencia sus pisadas, para que conozcamos el amor y la gracia del Redentor que nos acompaña y nos guía aun en medio del sufrimiento, para que sepamos dónde encontrar consuelo en medio del dolor: en Cristo crucificado. Él es nuestra paz en medio del dolor, del quebranto. No sufrimos solos, Él está con nosotros, y nos dirige en medio del dolor a seguir adelante con paciencia, a través de su Palabra. Seguramente Simón de Cirene se habrá preguntado, ¿por qué a mí? ¿por qué yo tengo que llevar esta cruz? ¿Por qué no la lleva otra persona? El texto bíblico no presenta una respuesta a esta pregunta. De la misma manera, no podemos encontrar una respuesta razonable o satisfactoria a la pregunta ¿Por qué sufrimos esta cruz? Lo que si podemos responder, es que la cruz de Simón de Cirene, viene de Dios, porque es la cruz de Cristo la que él está llevando. Así también, es nuestras propias cruces, no podemos muchas veces entender el por qué, las razones, los motivos que nos condujeron a llevar esta o tal cruz. Lo que sí podemos responder, es lo siguiente: ¿Hacia dónde podía depositar la mirada Simón de Cirene hasta que se terminara el tiempo de llevar esta cruz? Y la respuesta es: En el propio Cristo. Podía ver a Cristo que lentamente con él, junto a él, y delante de él, mostrándole paso a paso, el camino a recorrer, con paciencia, con lentitud, pero también con firmeza, hacia adelante.

Simón de Cirene también pudo haber dicho: “Esta cruz es demasiado pesada para mí, no podré soportarla”. Eso es lo que pensamos también los cristianos en momentos de dura aflicción. Pero la Palabra de nuestro Dios nos consuela, y nos anima cuando dice: “No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar” (1 Co. 10:13). Dios sabía hasta qué punto debería llevar Simón de Cirene la cruz de Cristo. Una vez llegado al monte Calvario, ya estaría libre de cargar la cruz, porque ahora Cristo sería crucificado en ella por los pecados del mundo entero. Así también, eso nos deja una lección para nuestra vida cristiana: Cuando Dios pone una cruz sobre nuestros hombros, él sabe perfectamente el tiempo en que la debemos soportar, y esta cruz ciertamente no la llevaremos para siempre. En algún momento, la cruz impuesta por Dios a sus hijos, vuelve a soportarla el propio Cristo. Por eso, en tus aflicciones, recuerda: La tarea más difícil, Dios se la encarga a su propio Hijo Jesús. Tú la puedes llevar por un tiempo, pero Jesucristo es quien muere en la cruz, a fin de que tú vivas y tengas perdón de pecados y vida eterna. Sin embargo, el apóstol Pablo se sentía tan identificado en sus sufrimientos con Cristo, que él no dudó en decir: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”. Porque por el Bautismo Pablo, yo, y ustedes también, realmente fuimos unidos a la muerte y resurrección del propio Jesús. Como dice en Romanos 6: “¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido

bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con Él para muerte por el Bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva” (Ro. 6:3-4).

Esta experiencia de llevar la cruz de Cristo en sus propios hombros, le mostró a Simón de Cirene lo doloroso que es el pecado humano, lo dañino y destructivo que es la desobediencia del hombre delante de Dios. El sufrimiento que Jesús venía experimentando desde la medianoche anterior lo muestra claramente: la traición del beso de Judas, evidencian nuestras propias mentiras y traiciones, el juicio injusto en la madrugada del viernes, demuestran la corrupción de la justicia humana, que condenó al Santo e Inocente Jesús; las negaciones de Pedro, dejan a las claras la cobardía del cristiano, que a veces tiene vergüenza del evangelio de Jesucristo, que prefiere una vida de apariencias, en lugar de jugarse la camiseta y dar la vida por su Señor y Maestro; la ignorancia de Poncio Pilato, que le preguntó a Jesús qué es la verdad, cuando la tenía en frente de él (porque Cristo es el Camino, la Verdad y la Vida), ponen al descubierto la propia ignorancia del ser humano, incapaz de reconocer a Dios, porque en lugar de verlo revelado sólo en Cristo, se imagina sus propias filosofías de vida y su propio camino hacia el cielo, y va tras el Budismo, el Hinduismo, el Islam, en cuentos de Hadas y Duendes, de energías positivas, y cuantas cosas parecidas hay en este tiempo de posmodernidad; y finalmente, las burlas de su propia gente, el insulto del pueblo judío a Jesús crucificado, incluso de uno de los malhechores crucificados junto a él, revela la maldad diabólica de algunos que, llamándose de cristianos, ocasionan pena y dolor en su propia familia, y al lastimar a los miembros de la propia casa, son motivo de escándalo en la iglesia, y están atrayendo condenación eterna para sí mismos, si no se arrepienten a tiempo.

Finalmente, Simón de Cirene, cumplió su cometido de llevar la cruz de Cristo hasta el lugar llamado de “la Calavera”, donde crucificaron a Jesús, y junto a él a otros dos, que eran malhechores, uno a cada lado. Antes de retirarse, Simón escuchó las siguientes palabras, pronunciadas por los labios heridos de Jesús: “Y Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.” Del rostro herido de Jesús salían lágrimas de pena, de dolor, pero también eran lágrima de compasión, de misericordia, en favor nuestro. Las palabras de Jesús, pronunciadas desde la cruz, fueron dichas en favor nuestro, delante de Dios el Padre. La súplica, el ruego, la intercesión de Jesucristo, son el ruego que salió de la cruz aquel día hacia el cielo, para que Dios, desde el cielo, oyendo la voz de su Hijo desde la cruz, que estaba muriendo por nosotros, por nuestros pecados, en nuestro lugar, nos diera como respuesta su voz de ternura y de clemencia, a nosotros pobres pecadores, perdidos, condenados, y necesitados de perdón. La súplica de Jesús, es la súplica en favor del mundo entero, y es una súplica en favor de ti también: El ruego de Jesús es que, Dios no tenga en cuenta mis pecados, sino que perdone con bondad y gran clemencia, porque el propio Hijo de Dios, muere en la cruz por nuestros pecados, para que tengamos entrada en el Paraíso.

En este año 2016, al final de cuentas, esto es lo que importa: Que Jesucristo, estuvo aquí a mi lado, en mis sufrimientos, que su promesa de perdón y vida nunca me ha faltado, y que en arrepentimiento sincero, por la fe en Él, si llega a ser mi último año aquí en esta tierra, su promesa es firme y segura: cuando cierre mis ojos, al instante estaré con Él para siempre en el Paraíso. “Y Él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron. Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, Yo hago nuevas todas las cosas” (Ap. 21:3b-5a). Amén.

## **GRACIAS SEÑOR JESÚS**

1. GRACIAS, OH SEÑOR JESÚS, POR AMARME,  
GRACIAS, SEÑOR JESÚS, POR QUERERME,  
PORQUE TÚ ME AMAS INMENSAMENTE;  
SI TÚ ESTUVISTE DISPUESTO A LLEVAR,  
UNA CRUZ TAN PESADA EN MI LUGAR,  
¿CÓMO YO NO HABRÉ DE SOPORTAR  
ESTA CARGA EN LA VIDA TERRENAL?

2. EN LA PRUEBA ERES MI FORTALEZA,  
EN EL SUFRIR ERES MI ESPERANZA,  
EN EL DOLOR ERES MI GRAN CONSUELO,  
EN EL MORIR ERES MI VIDA ETERNA,  
NADA TENGO QUE QUIERA DEL MUNDO YA,  
CANSADO ESTOY DE ÉL, ES MALO E IMPURO,  
TU GRACIA ANHELO: CALMA TÚ MIS PENAS.

3. VAS DELANTE MOSTRANDO EL CAMINO,  
EN EL QUE MI ALMA DEBA A TI SEGUIR,  
DONDE ME ENVÍES, ALLÍ HABRÉ DE IR,  
ANUNCIANDO EL MENSAJE SALVADOR,  
DE QUE EL MUNDO PERDONADO ESTÁ,  
PARA QUE EL ALMA POBRE Y HUMILDE,  
SE SALVE POR LA FE EN TU BONDAD. *Amén.*

*Adrián Correnti*